

Bicis y coches



(1) Mi abuelo fue maestro rural muchos años en un pueblo situado a 12 kilómetros del suyo. Cada mañana montaba en su bicicleta —no precisamente de peso ligero— y recorría su ruta por caminos sin asfaltar hasta llegar a la escuela. Daba clases y luego regresaba por los mismos
5 caminos llenos de piedras.

(2) Una vez le pregunté por qué no se había comprado un coche. La respuesta era obvia. Para la mayoría de españoles era impensable entonces tener un vehículo propio. En 1950 había 88 000 coches en un país de 28 millones de habitantes. Uno por cada 318 personas. El
10 automóvil era símbolo de enorme estatus y riqueza. Y cuando hace unas décadas se convirtió en un objeto de consumo masivo, sonreíamos con arrogancia al ver las imágenes de —por ejemplo— las grandes ciudades chinas. “Pobrecillos, aún van todos en bicicleta”.

(3) Sin embargo, las cosas han cambiado mucho. Los ricos de las
15 caricaturas antiguas eran señores gordos, con traje, que fumaban puros en coches enormes. Ahora son flacos, llevan una vida sana y, los realmente poderosos, visten ropa informal y zapatillas. También ha habido una revolución en la forma de desplazarse, al menos por las ciudades. Lo que mola, si uno es tan afortunado de poder permitírselo, es
20 ir en bicicleta, como mi abuelo o como los padres de los actuales chinos. O en patinete eléctrico.

(4) El coche privado, invencible en carretera, se ha convertido en sospechoso en las grandes ciudades. “¿Es verdad que para desplazarse por la calle una sola persona se montaba en un artefacto contaminante de
25 una tonelada que estaba aparcado el 95% del tiempo?”, nos preguntarán nuestros nietos.

adaptado de: <https://retina.elpais.com/>, 23-10-2020